

Españoles en Argelia: conquistas,  
migraciones, exilios

FELICIANO PÁEZ-CAMINO

*Madrid, 2013*

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: xxxxx

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

# ESPAÑOLES EN ARGELIA: CONQUISTAS, MIGRACIONES, EXILIOS

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL AUTOR EN LA UNIVERSIDAD  
DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 31 DE ENERO DE 2013)

El pasado año se conmemoró el cincuentenario de la independencia de Argelia, proclamada, tras un violento proceso de descolonización, el 3 de julio de 1962. En este año de 2013 celebramos el centenario de Albert Camus, nacido en una pequeña localidad argelina el 7 de noviembre de 1913. Ambas referencias nos pueden servir de estímulo, o de pretexto, para abordar un tema no muy frecuentado: el de las relaciones históricas de los españoles con ese casi vecino país norteafricano, que hoy rebasa los 35 millones de habitantes y cuya extensión es cuatro veces y media la de España.

## **La Península Ibérica y el Magreb: historias compartidas**

Aunque acostumbramos a percibir los mares como elementos de separación entre los continentes, históricamente han sido más bien un factor de relación entre ellos, lo cual es particularmente cierto e intenso en el caso de las tres orillas continentales del Mediterráneo. Las tierras que hoy conforman España, y en particular las costas sureñas y levantinas de la Península así como las Islas Baleares, presentan no solo similitudes geográficas sino también paralelismos históricos —que tal vez no esté de más analizar y evocar de vez en cuando— con ese noroeste africano del que tan breve trecho de mar las separa. Como es sabido, el arabismo *Magreb* con el que se designa a esta región de África significa *poniente* y alude a su condición de extremo occidental del mundo árabe. En su versión más estricta, el espacio magrebí está compuesto actualmente por tres países: Marruecos, Argelia

y Túnez; y aunque las relaciones de España con el primero de ellos han sido, lógicamente, más estudiadas y divulgadas, no conviene perder de vista que buena parte de esas relaciones se explican mejor en un más amplio marco magrebí, ni olvidar la significación que, dentro de este, ha tenido el espacio correspondiente a la actual Argelia.

Dejando aparte el proceso de hominización y la Prehistoria, donde hallaríamos ya interrelaciones básicas entre estos espacios, podemos recordar que ambos comparten las primeras colonizaciones históricas procedentes del oriente mediterráneo, como lo revela el origen púnico (fenicio y luego cartaginés) de muchas actuales ciudades costeras magrebíes y algunas del sureste peninsular. Ahí tenemos, casi frente a frente a un lado y otro del Estrecho, a las atlánticas Gadir (Cádiz, cuya existencia tiene confirmación arqueológica desde mediados del siglo VIII a.C.) y Tingis (Tánger); o a las mediterráneas Malaca (Málaga) y Rusadir (Melilla). Antes que la actual Cartagena, los cartagineses habían fundado, en la costa argelina, Iol (hoy Cherchell), llamada a tener no menos importancia que la ciudad portuaria española. Podemos recordar aquí que muchos beréberes fueron reclutados, al igual que los iberos, en la campaña italiana de Aníbal, y que, precisamente en el marco de las guerras púnicas, llegaron los romanos a la Península Ibérica y al norte de África, dando lugar a algún episodio con protagonista compartido: Yugurta, que dirigió la resistencia de los númidas norteafricanos al dominio romano, había estado antes a las órdenes de Escipión en el sitio de Numancia. También él sucumbió (murió prisionero en Roma, en 104 a.C. y su historia fue luego narrada por Salustio), y su capital, Cirta, de espectacular emplazamiento, fue promovida por los romanos hasta convertirse en Constantina, hoy tercera ciudad de Argelia.

Desde la capital del mundo romano, Hispania era comúnmente percibida como formando parte de un mismo ámbito occidental que la región norteafricana que denominaron Mauritania (del nombre de quien la habitaba, *maurum*, viene el término *moro*, que resulta pues sinónimo, a efectos geográficos, de *magrebí*). En el año 42 de nuestra era, bajo el emperador Claudio, quedaron diferenciadas dos provincias: la Mauritania *Tingitana* (del nombre de su capital, Tingis, Tánger) y la Mauritania *Cesariana* (con capital en la citada Iol, denominada a la sazón Cesarea y más tarde Cherchell); al este quedaba el territorio de Numidia, que abarcaba la zona más oriental del actual Magreb. Actualmente podemos encontrar magníficos restos romanos en el norte de África, desde la marroquí

Volúbilis hasta la libia Leptis Magna, y entre ellos figuran los de Tipasa, escenario de algunas páginas de Camus, situados al oeste de la capital argelina, o, al este del país, los muy imponentes de Timgad (hoy Thamugadi), ciudad fundada, por cierto, en el año 100, por Trajano, emperador nacido en la Bética.

La descomposición del mundo romano afectó también por igual a las tierras hispanas y mauritanas, en las que, a partir del siglo III, se difundieron el cristianismo y varias de sus herejías. Menos fugaces que en Hispania fueron en el norte de África los vándalos que, con Genserico, llegaron en el 429 desde la Península y ejercieron su dominio durante un siglo. Ya que no el dominio visigodo, el sureste hispano compartió con la costa africana la vinculación temporal al mundo bizantino, establecida en el siglo VI con el emperador Justiniano. Algunos restos de esa etapa en el Levante español tienen su paralelo en las fortificaciones argelinas de Guelma y Sétif. Y la relación histórica hispano-magrebí se intensificó sobremanera cuando, a comienzos del siglo VIII, beréberes islamizados, tras cruzar el estrecho que lleva el nombre de uno de sus jefes (Gibraltar procede de *Djebel-al-Tarik*, monte de Tarik), emprendieron la conquista de la mayor parte de la Península.

Sobre todo a partir de la fundación del Califato omeya de Córdoba en 929, la proyección política y la irradiación artística de la Hispania musulmana, denominada al-Andalus, sobre el noroeste africano fueron muy notables. Según fuentes árabes, en 902 tuvo lugar la fundación de Wahran (Orán) por marinos andalusíes. Del siglo XI al XIII, el mundo islámico occidental compartió, a un lado y otro del Estrecho, tanto la tendencia a la fragmentación política (los reinos de *taifa*) como el sometimiento a almorávides y almohades, dinastías beréberes, ambas con capital en Marrakech, que reunificaron temporalmente el mundo andalusí y cuyos dominios se extendieron por el noreste hasta Bujía y Trípoli, respectivamente. Muchos andalusíes, presionados desde el norte por la expansión de los reinos cristianos peninsulares y desde el sur por los poco tolerantes conquistadores norteafricanos, reivindicaron frente a estos, junto a versiones menos rigoristas del Islam, más profundas raíces árabes.

El desplazamiento de protagonistas de la brillante cultura medieval islámica entre una y otra orilla mediterráneas resulta significativo. En Ceuta nació, se formó en Córdoba y emigró a Sicilia el geógrafo Al Idrisi. Algo posteriores a él, pero también en el siglo XII, desarrollaron su obra dos insignes cordobeses: el musulmán Averroes, que murió en Marrakech y el judío Maimónides, que murió en Al Fustat (El Cairo). En el siglo XIV, el mundo andalusí, ya restringido al

reino nazarí de Granada, fue visitado por el geógrafo y gran viajero marroquí Ibn Batuta y por el historiador tunecino de origen sevillano Ibn Jaldún. La última figura señera de la cultura hispanoárabe fue seguramente Ibn Al Jatib, nacido en Loja en 1313. Médico, historiador, geógrafo y político (durante el reinado de Muhammad V), se refugió en Fez, donde fue acusado de herejía y ejecutado en 1374; sus obras incluyen un parangón entre Málaga y Salé, del que la ciudad andaluza sale mejor parada que la marroquí.

A partir de la conquista castellana del Guadalquivir en el siglo XIII, se produjeron migraciones masivas de andalusíes en dirección al actual Marruecos, pero también se establecieron algunos en tierras que están hoy en el oeste argelino, en particular en Tremecén (Tilimsen, del beréber *Tilmisane*, que significa manantial), donde aún se conservan y cultivan huellas andalusíes, en especial musicales. En 1492 un puñado de granadinos encontró refugio en una antigua factoría costera púnica llamada Icosium, renacida a finales del siglo X con el nombre de al-Yazaír (es decir, las islas); en castellano la llamaban Argel.

## **Del siglo XV al XVIII: historias fronterizas**

La conquista de Constantinopla (Estambul) por los turcos en 1453 y la aneación del reino de Granada al de Castilla en 1492, seguida diez años después por la prohibición de la religión islámica, sentaron las bases de una nueva situación. El enfrentamiento entre los imperios español y turco, o entre Habsburgos y Otomanos, convirtió al Magreb en una especie de frontera flotante, sobre todo a partir de que, en el siglo XVI, el dominio otomano se extendiera, directa o indirectamente, en un arco mediterráneo que iba desde los Balcanes a Marruecos. En el siglo anterior, Portugal había ocupado Ceuta (en 1415, tres años antes que la isla de Madeira) y Tánger en 1471. En cuanto a Melilla (de la que se había apoderado Abd al Rahmán III en 926, tres años antes de fundar el Califato de Córdoba) fue conquistada en 1497 por las huestes del duque de Medina Sidonia que explotaba derechos de conquista sobre las islas Canarias y el litoral africano. A mediados del siglo XVI, reconstruida y fortificada, pasaría a depender directamente de la Corona castellana.

Entre 1505 y 1510 Castilla llevó a cabo un conjunto de ocupaciones en la costa norteafricana, en un amplio espacio desde Marruecos a Libia. Resulta tentador interpretarlas como un cumplimiento de las recomendaciones testamentarias de

Isabel I: *E ruego e mando a la princesa mi hija y al príncipe su marido que sean muy obedientes a los mandamientos de la Santa Madre Iglesia e protectores della, como son obligados; e que no cesen de la conquista de Africa e de pugar por la fe contra los infieles...* (Medina del Campo, 12 de noviembre de 1504); un proyecto frenado, en todo caso, por la intensificación de la lucha en Italia y el comienzo de la colonización de América. Sin embargo, las acciones entonces emprendidas no parecen guiadas prioritariamente por el espíritu de cruzada que se desprende de las palabras de la reina católica, ni tampoco –todavía– por el afán de frenar el avance islámico, sino más bien por el de controlar la vida económica del noroeste costero africano, la entonces llamada *Berbería*, y dificultar la piratería en el Mediterráneo occidental.

Se iniciaron con la toma de Mazalquivir, puerto próximo a Orán, en 1505, y siguieron con la conquista del Peñón de Vélez de la Gomera en 1508, la de Orán en 1509, y las del Peñón de Argel, de Bujía y de Trípoli en 1510. Salvo la temprana de Mazalquivir, se realizaron bajo la dirección de Pedro Navarro, un hombre nacido en Garde (Navarra) en 1460, que además de encabezar estas acciones fue un notable perfeccionador de las minas militares, pero que no ha pasado al panteón de los conquistadores españoles por un quiebro de su biografía: fue hecho prisionero por los franceses en las guerras de Italia en 1512 y, ante la tardanza de su rescate, decidió pasarse a las tropas de Francisco I, con tan mala suerte que terminó sus días, apresado por los españoles, en Castelnuovo, Nápoles, en 1528.

Dejando para luego el caso señero de Mazalquivir y Orán, recordemos que el Peñón de Vélez de la Gomera, tómbolo en la costa marroquí de Allhucemas, conquistado en 1508 y fortificado, pasó a dominio moro en 1522 pero fue recuperado en 1564. Trípoli, que constituía el extremo más oriental de estas ocupaciones costeras, fue cedida a los caballeros de Malta en 1530 y conquistada por el corsario Dragut, con el patrocinio turco de Suleimán, en 1551. También cayó, en 1555, bajo el dominio de Argel y Estambul, la ciudad hoy argelina de Bujía (Bejaia), que, desde el siglo XIV, era un puerto exportador de cera (hoy lo es de petróleo) y había dado nombre en francés, *bougie*, a la vela para alumbrar; en español lo seguimos utilizando para denominar a la pieza que hace saltar la chispa que produce la combustión en un motor.

En cuanto a Argel, Pedro Navarro levantó entre 1509 y 1510 la fortaleza de El Peñón en una isla frente a la ciudad, pero la propia Argel no llegó a ser ocupada y se fue consolidando como centro de la piratería berberisca –es la época de la conformación de su célebre Casbah– en la que participaban numerosos *renegados*

excristianos. A partir de 1516 tuvieron en ella un papel descollante los hermanos Barbarroja, que no eran, por cierto, ni turcos, ni árabes ni beréberes, sino de origen griego. En 1518 –a comienzos del reinado de Carlos V–, muerto Aruj Barbarroja, su hermano Jeiredín vinculó a Argel con el Imperio otomano, del que se convirtió en baluarte suroccidental. Fracasadas las expediciones españolas encabezadas por Diego de Vera (1516) y Hugo de Moncada (1519), los argelinos terminaron por ocupar, en 1529, el Peñón y con sus materiales construyeron un dique hasta la tierra, consolidando el puerto.

En 1535 Carlos V logró tomar la fortaleza tunecina de La Goleta y expulsó a Barbarroja de Túnez, hacia donde este había extendido sus dominios. El pirata marchó entonces a Estambul –de donde no volvió–, aunque no sin antes saquear Mahón, en Menorca. De 1535 a 1540 estuvo también bajo dominio español la ciudad argelina llamada hoy Annaba (la antigua Hippo Regius, luego Bône). Pero el intento de Carlos V de tomar Argel fracasó en 1541, pese a la participación del duque de Alba, entre otros nobles, y del propio Hernán Cortés, otrora conquistador de México. Ya en el reinado de Felipe II, la victoria naval sobre los turcos en Lepanto en 1571 no impidió que dos años después fuera abandonada la tunecina Goleta (episodio al que también asistió el joven Cervantes), ni que Argel siguiera inexpugnable como centro de acción corsaria laxamente sometido a la autoridad del sultán otomano.

El propio Cervantes, capturado en 1575 cuando venía en la galera *Sol* de Nápoles a España, vivió en Argel cinco años de cautiverio (de los 28 a los 33 de su edad) hasta que, tras cuatro intentos de huida (alguno en dirección a Orán) y ya a punto de ser enviado a Estambul, fue rescatado, llegando a Denia en octubre de 1580. Al año siguiente, tuvo una breve estancia en Orán, cumpliendo una misión oficial que Felipe II le encomendó en Portugal. No son pocas las referencias a Argel (*Los tratos de Argel*, *Los baños de Argel*) y Orán en la obra cervantina, pero quizá la mejor fuente para conocer la cosmopolita Argel de finales del siglo XVI son los escritos de Diego de Haedo, benedictino español que allí estuvo también cautivo. Saltando en el tiempo, permítasenos evocar el libro clásico del historiador Fernand Braudel sobre el Mediterráneo y su mundo en la época de Felipe II, publicado en 1949, que su autor empezó a concebir siendo profesor en Argel, antes de la Segunda Guerra Mundial.

De todos modos, tras Lepanto, los turcos volvieron más su atención hacia el este, en dirección a Persia, y los españoles, hacia el Atlántico, al estímulo de los



avances ingleses y de la incorporación de Portugal a la Monarquía hispana en 1580. En consecuencia, la tensión hispano-turca disminuyó, pero las acciones de piratería se acentuaron, de manera que la desaparición de conflictos armados generalizados entre los imperios español y otomano vino a coincidir con la exasperación, entre 1580 y 1650, de una actividad corsaria berberisca (desde Argel, pero también Túnez, Bizerta, Trípoli...), bastante desligada de Estambul y reforzada por la llegada de numerosos renegados norteños (ingleses, flamencos, bretones, normandos), avezados en técnicas de navegación atlánticas. Esta situación dejó en España huellas tales como la construcción de muchas torres de vigía o “atalayas” costeras y el uso de la expresión “No hay moros en la costa” para indicar la inexistencia inmediata de un peligro habitual. También se produjo un efecto de imitación ya que, desde la segunda mitad del XVI, unos cuantos mallorquines se hicieron activos corsarios; un siglo después los barcos magrebíes ya no se aventuraban por las costas baleares y los mallorquines extendieron sus propias acciones piráticas hacia navíos cristianos, especialmente los marseleses.

A partir de 1609 tuvo lugar la más masiva migración que haya afectado al espacio mediterráneo en la época moderna: en torno a 300.000 moriscos fueron expulsados de España, sobre todo de los reinos de Valencia y Aragón. Parte de ellos, más de 50.000, fueron bien acogidos en Túnez, donde dinamizaron la economía y la cultura. No les fue tan bien a los que buscaron refugio en Argelia y Marruecos, aunque moriscos andaluces y extremeños embarcados en Sevilla hacia su éxodo terminaron constituyendo una activa comunidad corsaria en Salé, en la costa atlántica marroquí. También hubo trasiegos de enfermedad, como la peste de 1648, que afectó conjuntamente a Levante, Andalucía y el Magreb.

Desde el siglo XVII aumentó en el Mediterráneo la presencia francesa y, desde el XVIII, la inglesa. A lo largo de este siglo la actividad berberisca fue decayendo, aunque las acciones bélicas directas contra sus focos principales, y en particular Argel, no dieron resultado. Así ocurrió con la desastrosa expedición francoespañola realizada, en el marco del pacto de familia borbónico, contra los piratas argelinos en 1774-75, en la que participó el mallorquín Antonio Barceló. A diferencia de Orán, Argel siempre se resistió a los españoles, al menos hasta que llegaron en son de paz.

## Orán bajo dominio español (1509-1792)

Muerta Isabel I, el cardenal Cisneros promovió, tras un reconocimiento del litoral magrebí realizado por el marino veneciano Jerónimo Vianelli y a propuesta de este, la ocupación de Mazalquivir (*Marsa al-kabir*, es decir, el gran puerto), que fue realizada el 13 de septiembre de 1505 bajo la dirección de Diego Fernández de Córdoba. Era, en efecto, un buen emplazamiento portuario, pero carente de agua potable y a solo una legua de Orán, de modo que la conquista se completó, casi cuatro años después, con una expedición que, con Pedro Navarro al mando, partió de Cartagena (con 15.000 hombres y 90 navíos, incluyendo al septuagenario Cisneros), desembarcó en Mazalquivir el 18 de mayo de 1509 y tomó Orán al día siguiente.

Una década después, a partir del mencionado asentamiento en Argel y Túnez de corsarios como los Barbarroja, apátridas y vinculados a los otomanos, el dominio de Orán-Mazalquivir aumentó su importancia, convirtiéndose –junto a La Goleta, pero esta solo entre 1535 y 1573– en una suerte de muro de contención fronterizo ante la expansión de la influencia turca en la orilla sur del Mediterráneo. Pero también sirvió para ejercer cierta vigilancia sobre los sultanes marroquíes situados al oeste, establecer algún control sobre el pujante curso argelino al este y suministrar grano africano a bajo precio para abastecer ejércitos españoles. El conjunto defensivo levantado allí fue una obra maestra de la fortificación de los siglos XVI y XVII y llegó a constituir una referencia para otros baluartes fortificados en Europa y América. Soportó varios asedios ordenados por el *dey* de Argel, sobre todo en la segunda mitad del XVII.

Orán se mantuvo conectada con las costas españolas, sobre todo con los puertos de Málaga y Cartagena y permaneció bastante aislada de su entorno inmediato, aunque durante algún tiempo intentó ejercer una especie de protectorado sobre el reino de Tremecén, y los nuevos oraneses cultivaron siempre relaciones con los llamados “moros de paz”. Cobró un aire de enclave hispano en tierra africana y fue conocida con el apelativo de “la Corte chica”, y lució una curiosa peculiaridad social: se mantuvo en ella una comunidad judía –existente antes de su conquista y luego incrementada– formada sobre todo por sefardíes, entre cuyas labores figuró la de mediar en las relaciones con la población musulmana del entorno, cuya lengua y costumbres les eran de antiguo familiares. Esta subsistencia pluriconfesional, única en la España moderna, concluyó con la tardía expulsión de los judíos oraneses en 1669. Podemos encontrar una recreación literaria del

Orán de la segunda mitad del siglo XVI en la novela de Luis Reyes Blanc, titulada *Cartas de Orán* (Barcelona, Martínez Roca, 2002).

En 1708, en plena Guerra de Sucesión al trono español, Orán y Mazalquivir fueron recuperadas por los argelinos y quedaron en consecuencia bajo dominio turco, situación en la que permanecieron durante 24 años, hasta que, del 20 al 30 de junio de 1732, fueron reconquistadas para España por las tropas (unos 28.000 hombres) dirigidas por José Carrillo de Albornoz, conde, y luego duque, de Montemar. Este nuevo conquistador de Orán, nacido en Sevilla, tampoco culminó una trayectoria feliz ya que, diez años después de este episodio triunfal, tras ser jefe del ejército español en la campaña de Italia contra Austria, fue destituido y desterrado de la corte.

Conjurado el peligro otomano y atenuada la acción corsaria, la permanencia del dominio sobre Orán y Mazalquivir, que resultaba bastante oneroso y se fundaba ya sobre todo en meras razones de prestigio, empezó a ser cuestionada en la propia España. De hecho, poniendo fin a toda retórica de cruzada, Floridablanca llegó a proponer, sin éxito, el canje de Orán por Gibraltar en las negociaciones hispanoinglesas de París, en 1782. También se procuró normalizar las relaciones con Argel, con quien, tras larga historia de hostilidades, España firmó un acuerdo diplomático en 1786. En círculos oficiales cundieron las propuestas abandonistas que insistían en el gasto superfluo que suponía el mantenimiento de unas posesiones que no servían –en palabras de un escrito anónimo de 1787– “de otra cosa que de conservar la memoria de haberlas ganado”.

Finalmente, y tras un asolador terremoto padecido por Orán el 8 y 9 de octubre de 1790, los representantes del rey Carlos IV firmaron con el *dey* de Argel la convención del 12 de septiembre de 1791, que estipulaba la evacuación de las dos plazas, y esta se hizo efectiva el 12 de febrero de 1792. El día 27 de ese mes, Mohammed El Kebir, *bey* del oeste argelino (subordinado, en principio, al *dey* de Argel) con capital hasta entonces en Mascara, se estableció en Orán, sobre la que, dos años después, se abatió una nueva desgracia en forma de epidemia. Por entonces, el 30 de agosto de 1794, Ramón García de León Pizarro, un oranés nacido en 1745 y que era a la sazón intendente de Salta (en el norte de Argentina, próximo a Bolivia), fundó en este territorio una de las últimas ciudades creadas por los españoles en el Nuevo Continente. Se llamó –y se llama– San Ramón de la *Nueva Orán*.

## Migraciones españolas a la Argelia francesa

En realidad, la más nutrida presencia de españoles en Argelia empezó medio siglo después de que concluyera el dominio español sobre Orán, y tuvo por marco la colonización francesa extendida entre 1830 y 1962. La Argelia que conquistaron las tropas francesas dirigidas por Bugeaud –que, por cierto, había participado, al comienzo de su carrera militar, en los sitios napoleónicos de Zaragoza y Pamplona– no tenía aún una conformación nacional, que probablemente fue forjándose en la propia colonización y en la resistencia a ella. Contribuyó a dar especificidad al país el que no fuera considerado un Protectorado, condición que luego tuvieron Túnez y Marruecos, sino un territorio asimilado a la metrópoli francesa y regido, desde el Ministerio del Interior, a través de un Gobernador general. Cuando los franceses viajaban a la exótica Argelia, como lo hizo, por ejemplo, Guy de Maupassant en 1881 (ambientando allí algunos de sus cuentos más sensuales: *Marroca*, *Allouma...*), seguían oficialmente en su país.

Pero muchos viajaron a Argelia no como visitantes sino para establecerse en ella, y aquella extensa tierra se convirtió en una colonia *de poblamiento* formada por gentes de muy diversa procedencia. En 1851 vivían ya en Argelia 131.000 europeos, y en 1886 eran 430.000; en ambos casos solo la mitad de ellos eran franceses. La española fue la segunda nacionalidad más presente en esa emigración, tras la francesa y por encima de la italiana. Se calcula que los españoles significaron más de un tercio del poblamiento colonial de Argelia. Esta emigración guarda tres claras similitudes con la que, sobre todo desde la España atlántica (Galicia, cornisa cantábrica y Canarias), se dirigió al continente americano: en las dos el flujo demográfico más intenso fue posterior a la etapa de control político; en ambas cubrió una centuria, de mediados del siglo XIX a mediados del XX (con interrupciones en las guerras); y, desde el último decenio del XX, se ha producido una inversión de la corriente migratoria que ahora –o, al menos, hasta hace poco– viene tanto de África del Norte como de América de Sur hacia España.

En realidad, la emigración española hacia Argelia, iniciada antes de mediados del XIX, se anticipó en al menos dos décadas al comienzo del gran éxodo transoceánico. En un libro de reciente publicación, traducción española de unas *Cartas sobre España*, escritas por un viajero ruso que anduvo por aquí en 1845, encontramos una curiosa referencia al respecto: estando en Sevilla, el viajero en cuestión, llamado Vasili Petróvich Botkin, anota que “los habitantes de las costas meridionales de España se trasladan incesantemente a las posesiones francesas de

África” (Madrid, Miraguano, 2012; la cita en p.151). La emigración más temprana fue la procedente de la menorquina ciudad de Mahón y su entorno, que se dirigió a Argel y sus alrededores, como El Biar, y protagonizó la fundación de Fort de l’Eau (hoy Bordj El Kiffan), que llegaría a convertirse en una famosa estación balnearia situada 16 kilómetros al este de Argel. De esa emigración, que se prolongó hasta el siglo XX, formaron parte la abuela (de apellido Cardona) y el bisabuelo (Sintes) maternos de Albert Camus. Este nació en el este del país, al sur de Annaba, en un lugar llamado entonces Mondovi y luego Dréan, pero se crió en Argel y más tarde vivió también en Orán. Como es sabido, el entorno familiar y escolar y la vida infantil de Camus están intensamente evocados en su obra inacabada y de publicación póstuma titulada *El primer hombre*.

Más tardía, pero más voluminosa, fue la emigración procedente del sureste peninsular, que partió sobre todo de las provincias de Almería, Alicante, Murcia y Granada (por ese orden), y se dirigió preferentemente al Oranesado, donde se concentraron dos tercios de la emigración española, superando allí a la población de procedencia francesa. Esa nutrida presencia española, particularmente visible en Orán capital y en Sidi bel-Abbès, estuvo facilitada por la proximidad geográfica y, hasta cierto punto, cultural. En algunos casos fue estacional, de otoño a junio, de sementera a siega. Drenó excedente laboral y reinvertió ahorros en lugares de procedencia, con lo que constituyó probablemente una válvula de escape a tensiones sociales como las vividas en otras zonas del agro andaluz. Aunque los españoles formaron una buena parte de la mano de obra agrícola de procedencia europea, tuvieron, como toda la colonización europea en Argelia, una implantación esencialmente urbana y costera. Es significativo el hecho de que, en 1906, vivieran en las ciudades los dos tercios de los europeos establecidos en Argelia, pero solo el 8,5% de los autóctonos. Por otra parte, Argelia fue también alguna vez tierra de exilio en el siglo XIX; por ejemplo, un amplio grupo de republicanos federalistas y cantonalistas, sobre todo de Cartagena, se refugiaron en 1874 en Orán, donde, en torno al doctor Ezequiel Sánchez y al periódico *La Democracia Española*, se creó un foco de republicanismo español en contacto con Manuel Ruiz Zorrilla, exiliado en París.

Un hecho que alteró las referencias cuantitativas a la nacionalidad fue la ley de 26 de junio de 1889, que, aplicando el *ius soli*, facilitó la adquisición de la nacionalidad francesa a los nacidos en Argelia de padres extranjeros; ya en 1870 el decreto Crémieux había permitido que los judíos indígenas se convirtiesen

en franceses. Así la población francesa, que había venido siendo solo la mitad de la europea, se acercó a los dos tercios a finales de siglo: 384.000 franceses de 621.000 europeos en 1898. Datos relativos a ese mismo año indican que, aparte de un creciente número de jóvenes franceses de origen español, había en Argelia 76.054 españoles y 81.506 españolas. Este dato muestra que la emigración española fue, como no es frecuente, predominantemente femenina; se trata de una peculiaridad hispana ya que en esa época había 190.100 franceses y 156.770 francesas. La población española se acercaba por tanto a las 160.000 personas, y disminuía claramente desde el oeste hacia el este del país: casi 100.000 vivían en el departamento de Orán, unas 55.000 en el de Argel y menos de 5.000 en el de Constantina, donde predominaba la inmigración italiana y maltesa. Cabe señalar que, a pesar de la importancia que la emigración transoceánica cobró a partir de los años 1880, a comienzos del siglo XX Argelia era todavía el destino del 20% de la emigración española.

Desde 1896, los europeos nacidos en la propia Argelia eran ya más numerosos que los que, estando establecidos en ella, habían nacido en Europa; y esa tendencia fue creciendo de modo que en 1954 los nacidos en Argelia representaban ya el 79% de la población colonial. Esa circunstancia y el común sustrato mediterráneo (levantino español, italiano, maltés, corso, provenzal...) de la mayor parte de ellos facilitaron la construcción de una identidad distinta de la de los autóctonos, pero alejada también de los metropolitanos: la de los llamados *pieds-noirs*, que subrayaban su origen europeo y recababan la protección de Francia frente a la mayoría argelina musulmana, a la vez que aspiraban a preponderar sobre esta sin demasiadas interferencias metropolitanas. No se trataba, en todo caso, de un grupo socialmente homogéneo, ya que en su interior había grandes diferencias, desde sectores de una modesta rayana en la miseria (como la propia familia de Camus) hasta grandes propietarios agrícolas o empresarios de éxito, entre los que tampoco faltaban los de origen español (como los fabricantes del anís *Cristal*—los hermanos Limiñana— o de los cigarrillos *Bastos*). Esa diversidad alcanzaba también al ámbito ideológico y se hizo bien patente, por ejemplo, ante la guerra de España.

A partir de 1910 se estableció un cierto circuito migratorio: sin que desapareciera la emigración europea hacia Argelia, los autóctonos argelinos, en expansión demográfica, empezaron a emigrar hacia Francia para trabajar como obreros. En el periodo de entreguerras, empezó a apreciarse, además, una presencia creciente de ellos en las ciudades argelinas, que fueron dejando de ser oasis de mayoría europea:

en Argel, los autóctonos pasaron de ser el 25,7% en 1926 al 45,5% en 1956; en Orán, tradicional feudo colonial, del 12% en 1921 al 23% en 1929 y al 40% en 1954. Así pues, al inicio de la guerra de la independencia, los argelinos autóctonos, que representaban casi el 90% de la población del país, estaban cerca de constituir la mitad de los habitantes de las dos grandes y europeizadas ciudades. La relación de los colonos con los autóctonos fue, salvo excepciones, más de coexistencia –hasta que esta se rompió– que de convivencia. Como ha señalado Claude Liauzu, estudioso de las migraciones a través del Mediterráneo, se producen más “matrimonios mixtos” franco-magrebíes en un año en la Francia de hoy que durante toda la permanencia francesa en el Magreb. Hay signos de que la proximidad de los argelinos con los colonos españoles, o de origen español, fue algo mayor.

Por parte española, hubo, sobre todo tras la liquidación colonial de 1898, algún atisbo de nostalgia por la antigua soberanía sobre Orán. Francia procuró paliar la condición parcialmente hispanófona de esta ciudad, intensificando el afrancesamiento de la enseñanza y los medios de comunicación, lo que no impidió la pervivencia de una prensa oranesa en español: *El Correo Español* (1880-1925); *El Correo de España* (1925-1931), ambos subtitulados “periódico político”; y un efímero *El Correo* (aparecido el lunes 2 de marzo de 1931), de orientación republicana. En los años treinta y hasta la guerra civil, el Oranesado fue objeto de algunas iniciativas culturales y educativas por parte de las autoridades republicanas españolas, en el contexto de las no siempre fáciles relaciones hispano-francesas en el Magreb.

## **El exilio republicano español de 1939**

En 1939 había en toda Argelia unos 550.000 habitantes de origen europeo nacidos allí y con nacionalidad francesa. Además de estos *pieds-noirs*, de los que más de un tercio eran de origen español, había cerca de 100.000 españoles que conservaban su nacionalidad. A ellos se añadieron, al término de la guerra civil española, a finales de marzo de 1939, unos 10.000 refugiados, procedentes de los puertos levantinos, sobre todo el de Alicante. La mayor parte de ellos, unos 7.000, llegaron a la muy hispanizada Orán, más de la mitad de cuyos 200.000 habitantes –el 65%, según Benjamin Stora– tenía entonces nacionalidad u origen español, y donde los árabes constituían solo la cuarta parte de la población. El último barco grande en llegar al puerto de Orán, con su hacinada carga humana, fue el *Stanbrook*, capitaneado por el resuelto Andrew Dickson.

Tras esperas para desembarcar que en algunos casos superaron las tres semanas, mujeres, niños y hombres mayores fueron concentrados en lugares como la prisión civil de Orán, en tanto que los hombres en edad militar fueron internados en campos, el mayor de los cuales fue Camp Morand, en Boghari, a dos centenas de kilómetros al sur de Argel, en los umbrales del desierto; hubo otros varios y hasta la histórica ciudad costera de Cherchell acogió uno. A diferencia de lo ocurrido en los campos de la Francia metropolitana y con los marineros de la escuadra, los regresos desde Argelia a España tras el fin de la guerra fueron muy escasos y afectaron prácticamente solo a mujeres y niños; tampoco fueron muchos los que se dirigieron desde allí a otros destinos, como México (unos doscientos), la URSS (un centenar de comunistas salieron desde Orán hasta mayo del 39) o la Francia metropolitana.

En la población española o de origen español no faltaron manifestaciones de simpatía y solidaridad con los compatriotas derrotados —algunos oraneses habían acudido incluso a España a combatir en defensa de la República— pero también las hubo de hostilidad por parte de los adheridos a la causa de Franco, que contaban, además, con la connivencia del abate Lambert, alcalde populista de Orán, y de la mayor parte de la prensa local. Entre los exiliados pervivieron las divisiones políticas, a veces exacerbadas por las circunstancias en las que se había producido el derrumbe final de la resistencia militar republicana, pero eso no impidió ni la creación de redes de apoyo mutuo ni el pronto desarrollo de actividades culturales y educativas que constituían una preciada seña de identidad de la España republicana.

La situación de los republicanos españoles, y en particular la de los internados en campos, empeoró tras la rendición de Francia en junio de 1940. Ante las nuevas autoridades del *Estado francés* subordinado a la Alemania nazi, estos antifascistas derrotados tras larga lucha pasaron de ser huéspedes más o menos indeseados a constituir la encarnación misma del enemigo. Se constituyeron, con notable presencia española, los Grupos de Trabajadores Extranjeros, bajo control militar colaboracionista, que fueron enviados a campos de trabajos forzados alejados de las grandes ciudades, como los de Colomb-Béchar y Khenchela (cerca de Marruecos y Túnez, respectivamente), dedicados a tareas como la construcción del ferrocarril transahariano Mediterráneo-Níger. Y fueron proliferando campos disciplinarios, aún más crueles, entre los que estaba el de Djelfa (en el que pasó casi dos años el escritor Max Aub), y de los que no resultaba fácil salir con vida. Esta vertiente dramática del exilio republicano español en Argelia ha permanecido bastante olvidada, incluso en publicaciones sobre el éxodo del 39 y los campos de concentración.



La situación fue mejorando a partir del desembarco aliado en el norte de África en noviembre de 1942 (en Argel y Orán se inició el día 8), que contó con el apoyo de una Resistencia francesa en la que se habían integrado —allí como en la metrópoli— muchos españoles. Por entonces seguían internados en los campos algo más de 7.000 hombres, de los que unos 3.200 eran españoles. Algunos, una vez libres, marcharon hacia el continente americano; pero la mayoría permaneció en Argelia, donde algunos, en colaboración con los servicios secretos estadounidenses, establecieron conexiones con el *maquis* antifranquista subsistente en España, o bien se integraron en las filas militares francesas que combatieron, en África y luego en Europa, junto a los aliados; entre estos estuvo, por ejemplo, Amado Granell, teniente de la muy española compañía *nueve* de la División Leclerc, protagonista en la liberación de París.

La mayor parte de los llegados en 1939 consolidaron su integración, consiguiendo alojamiento y trabajo. Entre las mujeres, el recurso más corriente para salir adelante fue profesionalizar tareas que habitualmente realizaban en casa: costura ante todo, y también cocina, fabricación de jabón o servicio doméstico. Muchos hombres, incluidos algunos vinculados en España a profesiones liberales, se habían avezado en el desarrollo de actividades manuales diversas que iban desde el pequeño taller artesanal (de zapatería, a menudo) hasta la industria metalúrgica o la construcción. Otros habían recalado en servicios como el comercio, la peluquería o la administración de empresas, mientras algunos —como los arquitectos, médicos o enfermeros— iban recuperando el ejercicio de su antigua profesión. Las ocupaciones agrarias, tan corrientes en los primeros tiempos de la colonización, eran ya menos frecuentes.

Desde mediados de los años 40, la apertura de las fronteras españolas permitió que familiares de exiliados en Argelia se trasladaran y establecieran allí junto a sus allegados, produciéndose reencuentros familiares que se habían demorado, en muchos casos, más de diez años; y, a principios de la década de los 50, se reactivó por un breve tiempo la emigración económica desde Levante. Los contactos entre componentes de las sucesivas oleadas migratorias españolas eran desde antiguo bastante fluidos y los hombres y mujeres de origen español se emparejaban entre sí con más frecuencia que con franceses u otros europeos. La llegada de una población mayoritariamente masculina y joven en 1939 contribuyó probablemente a establecer un equilibrio numérico entre sexos, compensando el ya mencionado predominio de la población femenina en la inmigración española.

Aunque hubo un cierto desplazamiento de población española hacia Argel, y allí existían espacios de socialización como el círculo cultural García Lorca (creado en 1944, con orientación socialista), fue la mestiza Orán quien más conservó el sello hispano, palpable en sus temporadas teatrales, musicales y taurinas, así como en la influencia del castellano y valenciano en ciertos modismos locales. Si bien ni en Orán ni en Argel, cabe hablar propiamente de *barrios españoles*, la concentración hispana era muy relevante en barrios populares como *La Marina* en Orán o *Bab el Oued* y *Belcour* en la capital argelina. En cuanto a la región de origen, el exilio republicano había diversificado un tanto los puntos de procedencia y, pese a que andaluces y levantinos (murcianos, valencianos, baleares) seguían siendo los más numerosos, no era difícil encontrar a aragoneses, asturianos, extremeños, madrileños o manchegos. Los agrupamientos entre españoles se basaban, además de en afinidades ideológicas, en las de carácter regional o socioprofesional.

En general, los exilados del 39, cuyo horizonte solía ser el regreso a España cuando la situación política cambiara en ella, evitaron la nacionalización francesa e inscribieron a sus hijos nacidos en Argelia como españoles. Tal no era la tendencia predominante entre los inmigrantes, de modo que se siguió produciendo, tras la Segunda Guerra Mundial, una disminución del número global de españoles, por adquisición de la nacionalidad francesa, y el consiguiente aumento de la proporción de los exiliados. El número de estos seguía siendo, a mediados de los años 50, de unos 10.000, lo que implica que las muertes y las salidas habían sido demográficamente compensadas por los nacimientos de los hijos de quienes habían llegado a Argelia siendo jóvenes o niños.

Esos 10.000 españoles procedentes del exilio del 39 formaban parte, al iniciarse la guerra de Argelia a finales de 1954, de un conjunto de 41.300 personas que conservaban la nacionalidad española y estaban bastante entremezclados con una más amplia población de nacionalidad francesa y origen español, fácilmente identificable por su apellido. Orán albergaba entonces a algo menos de la mitad de los españoles en Argelia: unos 18.000, de los que aproximadamente 4.500 eran refugiados políticos. Entretanto, los autóctonos, cuya natalidad era bastante más alta que la de los *pieds-noirs* y europeos, constituían ya casi el 90% de la población de un país de cuya dirección estaban apartados y en cuya elite social apenas tenían presencia.

## Guerra de independencia y migración inversa (1954-62)

La cruenta guerra de Argelia arrancó en noviembre de 1954 por acciones armadas de un Frente de Liberación Nacional argelino y, tras contribuir decisivamente a un cambio institucional en la metrópoli —el paso de la IV<sup>a</sup> a la V<sup>a</sup> República, encabezada por Charles de Gaulle— desembocó en la independencia del país en julio de 1962, acompañada por la salida de la gran mayoría del millón de personas de origen europeo que lo habitaban. Durante el conflicto, no faltaron apellidos de origen español entre los *pieds-noirs* más aguerridos, intransigentes defensores de la *Argelia francesa* y dispuestos a enfrentarse con las propias autoridades francesas cuando estas abordaron un proceso de negociación con las fuerzas anticoloniales argelinas.

Aunque algunos estudiosos, como el geógrafo Elisée Reclus, habían sugerido, ya a finales del siglo XIX, que la población española podía, por razones culturales, actuar de enlace entre la comunidad autóctona y la colonial, las posibilidades de entendimiento se fueron anegando en sangre y muchos españoles se encontraron más bien tomados entre dos fuegos. Los más politizados a la izquierda y la mayor parte de los refugiados republicanos se vieron escindidos entre su rechazo ideológico a la deriva racista y fascistizante de muchos colonos —encarnada finalmente por una OAS (Organización Armada Secreta) que, para colmo, tenía una de sus tramas originarias, a comienzos de 1961, en la España de Franco— y las dificultades de entendimiento cultural con una masa autóctona cada vez más militarmente encuadrada en un FLN, con el que, a pesar de todo, algunos colaboraron.

La Argelia socialmente desequilibrada y políticamente discriminatoria, pero también dinámica y acogedora, que había construido el colonialismo francés podría haber dado paso, tras su independencia, a una Argelia interétnica, laica y progresivamente democrática, que afirmara la dignidad y los derechos a la población autóctona (árabe y beréber), sin dejar por ello de integrar, en un ámbito de mediterraneidad, la aportación humana y cultural de los colonizadores de procedencia europea, incluidos, por supuesto, los españoles. Ese proyecto estuvo en la mente de algunos de sus pobladores —Camus, entre ellos— pero distó mucho de hacerse realidad por un cúmulo de razones, de las que no fueron las menores la inflexibilidad y dureza con que Francia respondió a las iniciales reivindicaciones argelinas y el empecinamiento de muchos *pieds-noirs* en la defensa extemporánea de sus privilegios y en el sueño postrero de un Estado argelino controlado solo por ellos.

Cuando en 1962 abandonó Argelia casi un millón de personas, se estaba produciendo probablemente la más caudalosa repatriación de europeos provocada por la descolonización. Se dirigieron en su mayor parte al sur de Francia, aunque unos 60.000 –muchos de ellos *piets-noirs* de origen español, o demasiado comprometidos con acciones terroristas de la OAS– se establecieron en España, la mitad en la provincia de Alicante. Quienes no podían volver fácilmente a su país eran los republicanos españoles, algunos de los cuales habían abandonado abruptamente Argelia en vísperas de la independencia por la amenaza que los activistas de la OAS hacían pesar sobre ellos porque los consideraban simpatizantes de la causa de la independencia argelina.

Iniciaron entonces un segundo exilio, en el que, cegado, en buena parte, el camino hacia América, se dirigieron al atestado sur de Francia o intentaron la aventura del regreso al “exilio interior” en España. La andanza vital de estos españoles en Argelia, aunque forzada por las circunstancias históricas, había dejado una huella apreciable allí como en Francia. Albert Camus, dos años antes de su muerte accidental, la había invocado con pasión cuando, el 22 de enero 1958, poco después de recibir el premio Nobel de literatura, aceptó participar en un acto organizado por exiliados españoles y les dijo: “Amigos españoles: somos en parte de la misma sangre y tengo hacia vuestra patria, su literatura, su pueblo y su tradición una deuda que no se extinguirá jamás”.

En Argelia quedaron casi diez millones de argelinos autóctonos, entre los que se acentuó la migración hacia las ciudades desertadas por los colonos. Pero también se vieron forzados a salir del país –los que tuvieron la suerte de hacerlo a tiempo– los árabes leales a Francia hasta el final, los llamados *harkis*, perseguidos como traidores por sus compatriotas. Sólo unos 50.000 europeos permanecieron en el país tras su independencia, y entre ellos unos pocos españoles, localizados sobre todo en Orán, donde pervivieron centros de encuentro vinculados a los partidos de izquierda, sobre todo el PCE, aún clandestinos en España. Sin embargo, la arabización e islamización crecientes, las dificultades de la vida corriente y la ausencia de horizontes atractivos para los –y sobre todo las– jóvenes, unidas a las perspectivas de cambio político en España, provocaron la salida de casi todos ellos, a finales de los años sesenta y primeros setenta, rumbo a Francia y España.

Desde entonces, España y Argelia han formado parte de ese alejamiento sociológico entre países próximos que algún autor ha llamado “la deriva de los continentes”, y han destacado más las contraposiciones recientes que los parale-

lismos históricos. Si, en los años 70, Argelia todavía conservaba una imagen “revolucionaria”, en los 80 su marasmo social y político contrastaba con los avances de España. Mientras estos se consolidaban con el gobierno socialista, en Argelia se adoptaba, en 1984, el regresivo Código de Familia; la entrada de España en la Unión Europea en 1986 coincidió con una dura crisis económica en Argelia, desencadenada por la caída en los precios del petróleo; y, si en España tenía lugar, en octubre de 1988, una huelga general pacífica, los coetáneos disturbios “del cuscús” se saldaban con, al menos, 500 muertos. En el “año de España” de 1992, se produjo en Argelia la interrupción del proceso electoral, el nombramiento del exiliado Mohamed Budiaf como presidente y su asesinato –en Annaba, en junio– cuando intentaba poner en práctica medidas contrarias al islamismo y a la corrupción. La progresiva debilidad del terrorismo etarra en los 90 coincidió con la gran oleada de violencia islamista y de represión militar en Argelia. Mientras España, invirtiendo una tendencia secular, se convertía en un país de inmigración, los jóvenes argelinos acentuaban sus deseos de emigrar; un dato demográfico aclara en parte el trasfondo de ese contraste: mientras, entre 1910 y 2010, España duplicó su población, de 23 a 46 millones de habitantes, Argelia (al igual que Marruecos) la multiplicó por siete, 5 a 35 millones.

Argelia y España han mantenido, pese a las distancias del último medio siglo, importantes relaciones económicas, en particular las relativas al suministro de gas argelino y la construcción de infraestructuras por empresas españolas. Pero, tanto en ese ámbito como en el social y cultural, los intercambios bien podrían incrementarse, teniendo en cuenta, además, que Argelia parece ir saliendo de la violencia, consolidando el debate político y esquivando las formas más obtusas de integrismo, y que España va teniendo algunas razones para abandonar sus complejos de *nueva rica* y mirar con más curiosidad y respeto al mundo que la rodea no solo allende los Pirineos. A reasumir la cercanía bien puede contribuir un conocimiento más sólido y divulgado de esa historia compartida que implicó a mucha gente y generó diversas influencias mutuas, y de la que quedan, además de algunas huellas materiales, otras tan dignas de aprecio como las pervivencias léxicas españolas en el árabe que se habla hoy en día en Orán, o el creciente interés académico –con ecos también en Francia y en Turquía– por la presencia española en la otra orilla del Mediterráneo.

## Bibliografía

- Alonso Acero, Beatriz: *Cisneros y la conquista española del norte de África: cruzada, política y arte de la guerra*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2005.
- Bachoud, André: “Exilios y migraciones en Argelia. Las difíciles relaciones entre Francia y España”, en Lemus, E. (ed.), *Los exilios en la España contemporánea*. Madrid, Marcial Pons (*Ayer*, nº 47), 2002, 81-101.
- Bonmatí Antón, J.F.: *Los españoles en el Magreb (siglos XIX y XX)*. Madrid, Mapfre, 1992.
- Carpentier; Jean; Lebrun, François (dirs.): *Histoire de la Méditerranée*. Seuil, 1998 [edición en español: Barcelona, Base/IEMed, 2008]
- García-Arenal, Mercedes y Bunes, Miguel Ángel de: *Los españoles y el norte de África, siglos XV-XVIII*. Madrid, Mapfre, 1992.
- González Cuerva, Rubén: “De Berbería al Chaco: el intendente García Pizarro y las fronteras de la Monarquía española”, en Varios Autores: *La Corte de los Borbones. La crisis del modelo cortesano*. Madrid, Polifemo, 2013.
- Liauzu, Claude: *Histoire des migrations en Méditerranée occidentale*. Bruxelles, Complexe, 1996.
- López García, Bernabé; Hernando de Larramendi, Miguel: *España, el Mediterráneo y el mundo arabomusulmán. Diplomacia e historia*. Barcelona, Icaria, 2011.
- Páez-Camino, Feliciano: “El Magreb en las relaciones hispano-francesas durante los años treinta”, *Studia Historica* (Universidad de Salamanca), nº 13-14, 1996, 199-213.
- Schaub; Jean-Frédéric: *Les juifs du roi d’Espagne. Oran, 1509-1669*. París, Hachette, 1999.
- Segura Valero, Gastón: *A la sombra de Franco. El refugio español de los activistas franceses de la OAS*. Barcelona, Ediciones B., 2004.
- Serrano, Secundino: *La última gesta. Los republicanos que vencieron a Hitler (1939-1945)*. Madrid, Aguilar, 2005.
- Sola, Emilio: *Un Mediterráneo de piratas: corsarios, renegados y cautivos*. Madrid, Tecnos, 1988.

- Varios Autores: *Las campanas de Orán, 1509-2009. Estudios en homenaje a Fatma Benhamamouche*. Universidad de Alcalá, 2012.
- Vilar, Juan B. y M<sup>a</sup> José: *La emigración española al Norte de África (1830-1999)*. Madrid, Arco, 1999.

## **Nota biográfica**

Feliciano Páez-Camino Arias es doctor en Historia Contemporánea y licenciado en Filología francesa. Ha sido profesor asociado en las universidades Complutense, Carlos III y La Sorbona-París IV y ejerce en la actualidad como catedrático de Geografía e Historia en un Instituto de Madrid. En relación con el tema de esta conferencia ha publicado recientemente el artículo “El exilio republicano español en Argelia” (en *Las campanas de Orán*, Universidad de Alcalá, 2012) y la novela *En el sabor del tiempo* (Madrid, Huerga & Fierro, 2012).

## CUADERNOS DE U.M.E.R.

Nos. 1 al 50 agotados. Pueden consultarse en la página web [www.umer.es](http://www.umer.es)

Nº 51: "Medios de comunicación. La vida como espectáculo". Luis Matilla

Nº 52: "El dos y el tres de mayo". Cristina del Moral

Nº 53: "Aproximación a la independencia iberoamericana en el bicentenario de su inicio". M<sup>a</sup> Jesús García-Arévalo Calero

Nº 54: "El cine cómico español en la primera mitad de los años cincuenta". María de los Ángeles Rodríguez Sánchez

Nº 55: "Inmigración y Derechos Humanos". Augusto Klappenbach

Nº 56: "El tiempo y la huella de Larra (1809-1837)". Feliciano Páez-Camino

Nº 57: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca" UMER (2004-2009).

Nº 58: "La educación en España en el primer tercio del siglo XX: la situación del analfabetismo y la escolarización". Alfredo Liébana Collado

Nº 59: "La ONU: una visión desde dentro". Francisco Acebes del Río

Nº 60: "La Capilla del Obispo (de Nuestra Señora y San Juan de Letrán)". Emilio Guerra Chavarino, Investigador; Rosario Zapata, Transcritora

Nº 61: "Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 62: "Breve historia de la Estadística y el Azar". Benita Compostela Muñiz.

Nº 63: "Miguel Hernández (1910-1942), *en el sabor del tiempo*". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 64: "Los retos de la educación para la ciudadanía". Luis María Cifuentes.

Nº 65: "Las mujeres en la Ciencia". Antonio C. Colino.

Nº 66: "Miguel Hernández. Con tres heridas: la de la muerte, la del amor, la de la vida". María Jesús Garrido.

Nº 67: "El Banco de España: funciones e historia". Enrique Ortiz Alvarado.

Nº 68: "Carmen de Burgos: La voz de los sin voz". Carmen Mejías.

Nº 69: "Del *Cantar* del Cid a Cernuda: El destierro en la poesía española". Feliciano Páez-Camino.

Nº 70: "El conflicto árabe-israelita: génesis y nudo". Francisco Acebes del Río.

Nº 71: "Filosofía de la risa". Augusto Klappenbach.

Nº 72: "Hipoteca inversa". Antonio Martínez Maroto.

Nº 73: "Muchachas que trabajan". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 74: "Antonio Machado: Soñando caminos". María Jesús Garrido Calvillo.

Nº 75: "Sobre la historia del teatro musical español: la zarzuela y sus alrededores". Juan Carlos Talavera.

Nº 76: "La historia en la obra de Manuel Azaña". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 77: "Machado, Lorca y Hernández. Los poetas de la guerra". Víctor Agramunt Oliver.

Nº 78: "Envejecimiento activo y participación". Loles Díaz Aledo.

Nº 79: "La Constante: mina de leyenda en Huelga de la mina". Ana Parra y Gloria Viejo

Nº 80: "Españoles en Argelia: conquistas, migraciones, exilios". Feliciano Páez-Camino